

Insubordinación obrera en Córdoba. Las “huelgas salvajes” de 1970-1971 en la industria metalmecánica y la experiencia del Sitrac clasista

Carlos G. Mignon

Universidad Nacional de Córdoba

La experiencia de los gremios clasistas de la empresa automotriz Fiat, Sitrac (Sindicato de Trabajadores de Concord) y Sitram (Sindicato de Trabajadores de Materfer), muchas veces fue analizada como la emergencia de una nueva representatividad sindical caracterizada por su honestidad y preocupación por los problemas fabriles, pero con una visión sectaria de la realidad política (Brennan, 1996: 133; Gordillo, 1996: 152); también como el producto de la mejor condición –tanto laboral como de ingresos– de los obreros metalmecánicos, lo que les permitiría estar en mejores condiciones de combatividad (Delich, 1994: 61); o la natural consecuencia de la conciencia de clase adquirida por el proletariado industrial cordobés luego de mayo de 1969 (Duval, 1988: 18). Ahora bien, el contexto real que dio contenido de clase al surgimiento del Sitrac y Sitram, es decir el ciclo de toma de fábricas ocurrido durante los años 1970-1971, todavía no ha sido estudiado en profundidad. En otros términos, quisiéramos partir del interrogante que el teórico italiano Mario Tronti formulara alguna vez: “¿Qué ocurre cuando la forma de organización obrera asume un contenido totalmente alternativo, cuando renuncia a funcionar como articulación de la sociedad capitalista, cuando se niega a mover a través de las reivindicaciones obreras las necesidades del capital?” (Tronti, 2001: 259)

El objetivo del presente artículo es describir la experiencia del Sitrac, tomando como unidad de análisis las prácticas de acción directa llevadas a cabo por los operarios metalmecánicos. Siguiendo a Pierre Dubois, toda acción obrera contiene dos componentes. Primero, ésta pretende una transformación limitada o total de la situación vivida –de allí su carácter instrumental–; y segundo, denuncia esta realidad evocando el contenido de una sociedad superadora a la capitalista –es decir, contiene un carácter expresivo–. En otros términos, el carácter instrumental de

una protesta tiende hacia la satisfacción de reivindicaciones concretas y/o limitadas que podrían contener la demanda de un cambio político específico dentro del régimen social vigente. En tanto, la acción de carácter expresivo no busca ningún resultado concreto por parte de aquellos actores que la llevan a cabo, sino que expresa una venganza contra la patronal, una protesta contra la injusticia, un desafío a los valores establecidos y la evocación a una sociedad socialista desde una perspectiva obrera (Dubois, 1976: 61). Desde nuestra visión, esta naturaleza dual de la protesta significaba un fuerte cuestionamiento a los valores establecidos por la sociedad industrial y al modelo de organización sindical en tanto estructura representativa y reivindicativa. En este sentido, la parálisis de la producción podía significar una crítica implícita del desarrollo capitalista, así como también una manifestación de la oposición a la división técnica y social del trabajo (Negri, 2004: 324).

A partir de estas consideraciones, podemos proponer nuestra hipótesis: los cambios operados en la composición de clase del proletariado industrial cordobés abrieron un proceso organizacional que emanó de una forma de democracia elemental, activa y participativa que expresó cierto rechazo a la delegación formal, cuya manifestación más destacada fue el Sitrac. En efecto, lejos de desplegar las clásicas estrategias de moderación y canalización de los conflictos entre capital y trabajo típicas de la maquinaria sindical tradicional, los clasistas extendieron inéditas formas de lucha dentro de la fábrica. La punta de lanza de estas protestas la constituyeron aquellos obreros privados de calificación profesional, en su mayoría jóvenes y migrantes de primera generación, con poca o nula participación sindical en los años anteriores (Pezet, 2001: 167). Se trataba de huelgas espontáneas, que reivindicaban el aumento salarial o se declaraban contra las condiciones de trabajo y se llevaban a cabo dentro del espacio de trabajo bajo modalidades particularmente duras y organizadas por fuera del control sindical. Estas huelgas fueron usualmente calificadas como “salvajes”, dado que la mayoría de las veces se organizaban fuera de la programación sindical y estaban destinadas a causar el máximo daño posible a la producción.

El surgimiento del Sitrac

La empresa automotriz Fiat se había instalado en Córdoba durante el año 1954. Para 1970, contaba con modernas instalaciones en la periferia de la ciudad (Barrio Ferreyra), y allí alrededor de 7.000 trabajadores producían tractores y motores de automóvil, materiales ferroviarios y motores diésel de gran envergadura (Memoria Fiat Concord, 1970). La multinacional italiana se había caracterizado por el férreo control de su fuerza de trabajo y la nula tolerancia hacia cualquier tipo de organi-

zación gremial (Alquati, 1975: 95). En línea con esta política laboral, la empresa logró constituir sindicatos de planta en sus fábricas, violando la legislación laboral argentina.

La frustración colectiva por la ineficacia de los sindicatos por empresa y los problemas laborales fue la génesis de la rebelión de las bases de Fiat en 1970. Las elecciones sindicales se habían convertido en rituales sin sentido, en los cuales sólo se presentaba una lista y votaban pocos trabajadores.¹ Las prácticas de la dirigencia se caracterizaban por su negligencia, en lo atinente a las condiciones de trabajo de su mano de obra, y su línea pro patronal, sumado a la adscripción verticalista hacia la UOM de Buenos Aires del secretario general del Sitrac, Jorge Lozano (Flores, 1990: 12).

La causa inmediata de la rebelión de la base en Fiat fue la firma del contrato de trabajo preliminar del sindicato con la empresa, en diciembre de 1969. Cuando los obreros conocieron que este convenio desconoció aumentos salariales igualitarios y no propuso ninguna reforma significativa, en relación con las prácticas laborales y las condiciones de trabajo en Concord, difundieron su descontento. Rápidamente, los operarios de utillaje y afilado recorrieron las diferentes líneas y plantas, denunciando a la conducción del Sitrac. Así, comenzó a establecerse un estado asambleario en las líneas de producción, cuyo punto álgido fue la asamblea del día 23 de marzo de 1970. En ella, se desplazó a Lozano y se constituyó una comisión provisoria para que representara a los trabajadores hasta las nuevas elecciones.

Los trabajadores repudiaban a Lozano y a los demás dirigentes del sindicato. Por eso, cada vez que entraba en la fábrica se paraban todas las líneas. A raíz de esto, Fiat ya no contó más con el interlocutor necesario para llegar a un acuerdo. Mientras tanto, la Secretaría de Trabajo se negaba a reconocer la comisión provisoria. El 14 de mayo, luego de una nueva frustración en la secretaría laboral, los jóvenes obreros de Sitrac decidieron, en asamblea, llevar a cabo la toma de la fábrica. Uno de los protagonistas recordó el evento de la siguiente manera:

pasando a la toma del 14 de mayo, Masera recuerda que estaba junto a los portones, que estaban abiertos, y que él los arrimó. Nava, que era jefe de guardia, le preguntó si el cierre de los portones no podía ser considerado como una "toma" y Masera le contestó "capaz que sí". La idea de la toma corrió como fuego. La fábrica parecía un hormiguero. Se tomaron rehenes, se arrimaron tanques de combustible a las puertas.

1. Carlos Masera, secretario general del Sitrac durante 1970 y 1971, sostiene que el sindicato contaba, durante la época de Lozano, con 37 afiliados.

[...] En la mañana del sábado Ferrero (ejecutivo de Fiat) pide hablar con los dirigentes y les plantea que a él se le ha hecho evidente allí quienes son los verdaderamente representativos [...] Ferrero negocia, comprando las renuncias de Lozano y la CD, que se presentan por escrito ante la secretaría de Trabajo; la empresa se compromete a no tomar represalias. (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 1)

Es así que durante julio de 1970 la vieja dirección del sindicato de los trabajadores de la empresa Fiat Concord, el Sitrac, fue desplazada por una nueva que adscribía al clasismo. Algo semejante ocurrió en Materfer, la planta que Fiat destinaba a la fabricación de materiales ferroviarios. Allí, la lista "1° de Mayo" fue formada por trabajadores vinculados al Partido Comunista Revolucionario, "Comisiones Obreras" (ligadas a Vanguardia Comunista), Peronismo de Base y trabajadores independientes. Como podemos observar, la nueva conducción contenía dirigentes con una filiación marxista que tuvo una verdadera influencia nacional, algo inédito desde 1945. También, esta dirigencia atrajo a militantes y estudiantes de distintas corrientes que los consideraban una nueva vanguardia, algo que era reivindicado por esos mismos dirigentes (Balvé, 1990).

La nueva conducción comenzó a preocuparse por los reclamos en la base fabril, ignorados por la compañía durante años y, luego, por los sindicatos de la planta controlados por la empresa. Los casos más dramáticos fueron el departamento de forja y la sección de carrocerías, donde una mayoría de operarios sin calificación soportaba la insalubridad de las condiciones de trabajo y la explotación derivada del premio ligado al rendimiento por trabajo. Para remediar esta situación, la conducción del Sitrac conformó una comisión especial, para redactar un acuerdo propio y presentárselo a la empresa. La redacción del anteproyecto del contrato colectivo representó un reto en el control absoluto de Fiat sobre la vida en la fábrica. En este sentido, se le quitaban prerrogativas de control a la empresa sobre las vacantes de mano de obra, categorizaciones y asignación de tareas, porque todas estas decisiones debían contar con la previa conformidad sindical. El punto más fuerte fue la propuesta de integrar el premio de la producción al salario básico y solicitar el aumento masivo de las escalas de remuneraciones en todas las categorías de obreros, en un 60 % (Anteproyecto de Convenio Colectivo, 1971). Esto significó un golpe al núcleo del sistema de explotación de la empresa, con lo cual se tiraron las lanzas del enfrentamiento entre el sindicato y la compañía. Ésta se obstinó en rechazar cualquier reforma inmediata en su base fabril. Es así que se libró un crudo enfrentamiento entre Fiat y el Sitrac y Sitram,

produciéndose por parte de estas últimas campañas de acción directa a los fines de presionar para la firma del contrato.

Entretanto, comenzaron a reflejarse algunos de los aspectos más reconocidos del clasismo: los problemas laborales se discutían abiertamente en los departamentos y las decisiones se tomaban a través de la deliberación, mediante asambleas abiertas realizadas en la fábrica. (Brennan y Gordillo, 2008: 125). Su organización se veía facilitada por el carácter de sindicato fabril del Sitrac y el Sitram. Por lo tanto, se efectuaban en forma rutinaria para decidir virtualmente todas las cuestiones de la base fabril: problemas con la aceleración de los ritmos de producción, condiciones de salubridad en la planta, negociaciones colectivas y hasta quejas por la calidad de la comida que se servía en el buffet de la fábrica. Esta cercanía a las bases dotó al accionar sindical del clasismo de ciertas particularidades que lo diferenciaron de los dirigentes gremiales de otras empresas:

PyP: ¿Qué los diferencia a Uds. de los otros tipos de sindicatos?

Delegado (PCR): El sindicato no es en este momento, aparte de Sitrac y Sitram, un organismo puramente de los obreros, con independencia política, reivindicativa y con independencia de funcionamiento. A través de leyes que se iniciaron en el peronismo y que se profundiza con la Ley de Asociaciones Profesionales con Frondizi, el sindicato pasó a ser un organismo controlado desde el estado y dejó de ser un organismo propiamente de los obreros como arma de lucha. Sitrac y Sitram rompe con esa práctica tradicional, evidentemente que hay lazos que lo atan a esta sociedad y por lo tanto debe aceptar disposiciones de la Secretaría de Trabajo, pero en lo fundamental crea un nuevo tipo de sindicato, totalmente independiente en donde se discuten las reivindicaciones desde la política de la clase obrera. Ese es el sindicato que nosotros queremos crear y desarrollar. Evidentemente todavía le falta desarrollar porque existe todavía en esta sociedad. (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 3)

Los obreros encontraron una suerte de "representación" en los sindicatos clasistas de Fiat; sobre todo, los que constituyeron la mayoría de la composición de clase del proletariado industrial: los de primera generación, jóvenes, sin calificación que migraron del campo a la ciudad y trabajaron en las líneas de montaje, soportando las condiciones laborales más penosas. Esta última particularidad dotó al sindicalismo clasista el carácter de una verdadera rebelión generacional; un rasgo constatable en el comité ejecutivo y los delegados electos del Sitrac y

Sitram, dado que la mayoría de sus miembros rondaban entre los 20 y los 30 años.²

Pero, más allá de la búsqueda de un modelo sindical alternativo, la experiencia clasista se componía a partir de su espontaneísmo; de una consciencia de clase que se formaba al interior del movimiento en lucha y que se nutría en las prácticas mismas del conflicto conducido directamente por sus protagonistas, en un contexto que se extendía hacia las otras fábricas y excedía los límites de Concord. A esto nos abocaremos en el siguiente apartado.

Prácticas de resistencia obrera en Córdoba (I): las ocupaciones de fábrica

Desde 1967, Perdriel, la planta que Renault –la otra gran empresa automotriz de la ciudad– utilizaba para la fabricación de matrices y máquinas-herramienta, experimentó una fuerte reestructuración tecnológica. La empresa convirtió a los otrora altamente calificados obreros en meros trabajadores sin calificación de la línea de montaje. Estos cambios deslegitimaron fuertemente la representatividad de los dirigentes gremiales del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) que mantuvieron una posición conciliatoria con la empresa y que no hicieron nada para impedir la descategorización de los operarios. De esta manera, en Perdriel se consolidó una corriente opositora instigada por el Partido Comunista Revolucionario (PCR), cuya presencia en la planta cuestionó la dirección sindical peronista (Brennan y Gordillo, 2008: 122).

En este contexto se produjo la toma de la fábrica del día 12 de mayo de 1970, luego del traslado a la planta de matrices de Santa Isabel de cuatro operarios que integraron la lista “1° de Mayo”, opositora de Elpidio Torres,³ en las futuras elecciones de delegados sindicales. El personal de Perdriel interpretó esta medida como una maniobra de los directivos para separar de la planta a cuatro futuros delegados combativos y, también, como un guiño hacia las posiciones más conciliadoras de la conducción del SMATA (*Los Principios*, 14 de mayo de 1970: 10). En respuesta a esto, los operarios ocuparon el complejo fabril tapando el

2. El secretario general del Sitrac, Carlos Masera, en esos momentos era el de edad más avanzada, con 37 años.

3. Elpidio Torres fue el secretario general del sindicato de mecánicos cordobés desde 1958. Al mostrarse eficaz en la obtención de las reivindicaciones demandadas, Torres y el grupo de dirigentes que lo secundaban lograron presentarse como garantes de una gestión responsable del conflicto, en la medida en que pudieron contener a los activistas más radicalizados de la fábrica (Mignon, 2013: cap. 3).

alambrado perimetral con grandes planchas de "telgopor" y rodeando la fábrica con tanques de 200 litros que contenían nafta, tinner y otros combustibles inflamables. Además, desde los techos de los pabellones, exhibieron botellas con cócteles *molotov* y carteles que pedían la reincorporación de los obreros trasladados. La situación se había tornado tensa ya que la ocupación contenía la retención de más de treinta rehenes pertenecientes al personal jerárquico, incluyendo entre ellos dos ejecutivos de origen francés y al gerente general de la fábrica. En el plano estrictamente sindical, este conflicto puede interpretarse como una puja política al interior del SMATA: los obreros que ocupaban la planta no solamente se enfrentaban al directorio de Ika-Renault, sino también a la conducción torrista. Pero también puede observarse la emergencia de nuevas formas de lucha, en contrapartida a ciertas modalidades tradicionales que había mantenido históricamente el movimiento sindical: las huelgas externas a la fábrica y las manifestaciones en la ciudad declaradas y controladas por el sindicato. Ahora el epicentro del conflicto se volvió al seno de los talleres y los departamentos. La metodología de secuestrar a los técnicos y al personal superior desestructuraban el comando jerárquico del taller, lo que se traducía en la pérdida de la autoridad y el prestigio de aquellos encargados de vigilar la producción y los ritmos de trabajo.

La ocupación de Perdriel se mantuvo durante dos días, y fue levantada al quedar sin efecto el traslado de los cuatro operarios, de los cuales dos serían elegidos por los trabajadores y reconocidos como delegados por parte de la firma. Pero la relación entre la base y los jefes de SMATA se había roto de forma irremediable, el mismo Elpidio Torres fue abuchado por los operarios cuando acercó a la asamblea el borrador de propuesta a la empresa para solucionar el conflicto (*LP*, 15 de mayo de 1970: 11).

Por otra parte, a partir de la toma de fábrica, los obreros se dieron cuenta de que era posible golpear y negociar directamente con la empresa, sin grandes costos; es decir, sin la necesidad de que esté presente la mediación institucional del sindicato. Por eso, cuando la lucha obrera se extendió en los talleres y los departamentos, el choque con la jerarquía se hizo inevitable. Los capataces, técnicos y jefes de departamento usualmente esgrimían como armas principales las sanciones y los informes a instancias superiores, ya que éstos podían traerles graves consecuencias a los obreros como, por ejemplo, padecer multas, traslados y otras sanciones disciplinarias que podían finalizar en el despido. Esta forma de control garantizó el crecimiento de la producción y el establecimiento de la "paz social" en la fábrica. De esta manera, los efectos explosivos de la ocupación con toma de rehenes, realizada en Perdriel, pusieron

en crisis el control sobre la fuerza de trabajo instaurada en las fábricas automotrices cordobesas durante los años precedentes.

A principios de junio, esta táctica de lucha se extendió a otros establecimientos fabriles. Luego de la resolución favorable del conflicto en la planta de matrices de IKA-Renault, las bases siguieron presionando fuertemente al gremio para ampliar el método de la toma de fábrica hacia todos los establecimientos cuyo personal estuviera afiliado al SMATA. El objetivo era presionar en vistas a las nuevas discusiones del nuevo contrato colectivo de trabajo (*La Voz del Interior*, 3 de junio de 1970: 20). Debido a los resultados negativos de las discusiones paritarias, el 2 de junio los obreros ocuparon las fábricas de IKA-Renault (Santa Isabel), Matricerías IKA (Perdriel), Thompson-Ramco, Ilasa, Transax y Grandes Motores Diesel (Fiat). Una vez más, el personal mantuvo rehenes en las plantas, entre ellos a los directivos de los establecimientos (Servicio de Documentación e Información Laboral, 1970: 53).

Ante la magnitud de la protesta de las bases, esta vez la dirigencia torrista se vio obligada a apoyar la iniciativa de los operarios, dando a conocer en un comunicado las reivindicaciones de los ocupantes. Entre las peticiones más significativas podemos enumerar: 1) aumento general de emergencia de m\$ⁿ 20 000 y libre discusión de salarios y convenios; 2) plena vigencia, por convenio, de la ley de Sábado Inglés; 3) revisión de todas las categorías de las distintas plantas y eliminación de las categorías A 3 y B 3 de IKA-Renault, es decir, aquellas que separaban a los operarios no calificados de aquellos con calificación; 4) reconocimiento, por convenio, de la insalubridad de IKA-Renault, Thompson-Ramco e Ilasa; 5) libre desenvolvimiento de la representación gremial, delegados, comisión interna y comisión ejecutiva para cumplir su misión específica y libre agremiación y elección de representantes, entre otros puntos (LVI, 3/6/1970: 20).

Al día siguiente, a los establecimientos ocupados se agregaron dos más: Materfer y Perkins. Los obreros de estas plantas de Ferreyra llevaron a cabo esta acción para solidarizarse con los ocupantes de los restantes establecimientos. En el transcurso de la tarde, los operarios de Concord, que ya desconocían a su comisión directiva, se sumaban a la protesta. Con los nueve principales establecimientos fabriles ocupados, la ciudad de Córdoba parecía ser testigo de la insurrección obrera más grave que las clases dominantes habían experimentado en la Argentina.⁴ A raíz de esto, la Secretaría de Trabajo de la Nación se declaró

4. Así lo manifestaba el Centro Comercial e Industrial de Córdoba en un comunicado: "La toma de establecimientos fabriles, la inmovilización de personas en calidad de rehenes y las graves amenazas que pesan sobre vidas y patrimonios constituyen intolerables violencias que tienen en vilo a miles de hogares. Estos hechos y otros más graves aún, [...], han generado una serie de medidas y contramedidas que, a nuestro

competente en el conflicto cordobés e intimó a los obreros al cese de la medida de fuerza mediante el aviso de que el organismo aplicaría la conciliación obligatoria, a partir del 8 de junio. En los considerandos de la resolución el secretario Rubens San Sebastián expresó que los metalmeccánicos habían "[...] adoptado medidas de acción directa totalmente ajenas a las que pueden considerarse propias en el planteamiento de un conflicto colectivo de naturaleza laboral" (LVI, 4 de junio de 1970). Por otra parte, en el Plenario Nacional de Secretarios Generales del SMATA, que se había reunido para analizar la situación del sindicato en la provincia mediterránea, apercibieron a los dirigentes torristas por su falta de control y la aceptación de la metodología aplicada por las bases:

que la comisión ejecutiva de la seccional Córdoba, al decidir tales medidas sin consulta ni información previa, ha actuado unilateralmente, ha comprometido la estructura del gremio en su conjunto, ha puesto en peligro la estabilidad de los trabajadores, ha frustrado la posibilidad de poner en ejercicio la solidaridad efectiva del gremio en defensa de las auténticas reivindicaciones gremiales y se ha colocado al margen de las normas que rigen la vida de la institución. (Servicio de Documentación e Información Laboral, 1970: 55-56)

A través de estas declaraciones, podemos inferir la preocupación de las instituciones laborales de que el conflicto pudiera escapar del control de la conducción, encabezada por Elpidio Torres, y de que el desarrollo de los acontecimientos imposibilitara negociar un compromiso entre los funcionarios sindicales y las empresas. Esta intranquilidad estuvo relacionada con el surgimiento de órganos autónomos de lucha en Santa Isabel y Transax, denominados "Comités de Ocupación" y/o "Comités de Lucha". Estos cuerpos surgieron a partir del voto asambleario de los operarios que tomaron la empresa. Además, éstos poseyeron prerrogativas que hacían al funcionamiento del espacio de trabajo ocupado, mientras se mantenía la medida de fuerza. En el caso de la fábrica de IKA-Renault, establecida en Santa Isabel, el "Comité de Ocupación" electo liberó a una parte del personal administrativo que se encontraba retenido mientras que a los empleados de la sección de sueldos y salarios les ordenaron que prosiguieran trabajando en sus tareas administrativas. Este tipo de representación también impidió que las fuerzas del orden desalojaran la fábrica. Para ello, dispuso la colocación de material explosivo y la conexión de cables eléctricos de

juicio, no conducen al camino de la paz y la concordia social que todos aspiramos" (LP, 5 de junio de 1970: 11).

alta tensión en el alambrado perimetral.⁵ En Transax, con 450 operarios tomando la planta y 24 rehenes, se constituyó un “Comité de Acción y Lucha” que tomó medidas similares a las de Santa Isabel, añadiendo en un comunicado que “no se desocupará la planta” y que “una represión violenta agravará hasta lo imprevisible la situación actual” (LVI, 4 de junio de 1970).

Las acciones de estos órganos autónomos contuvieron un significado que iba más allá del mero hecho de organizar la defensa del lugar, en caso de desalojo. La condición de rehenes del personal técnico, de gerentes y directivos de la empresa ridiculizaba las jerarquías existentes en la fábrica. Los talleres y las oficinas administrativas constituían mundos diferenciados que separaban tanto física como urbanísticamente a obreros de empleados. En el transcurso de la ocupación, quienes nunca se involucraban en los “asuntos de los obreros” eran sometidos forzosamente a las reglas impuestas desde la planta, produciéndose una desestructuración de las reglas de autoridad constituidas por la gerencia. Quienes trabajaban en el taller se apoderaron de la fábrica, recorriéndola por los lugares antes vedados y liberándola del trabajo repetitivo, de la fatiga y del miedo hacia los jefes y los guardias. El testimonio de un operario de Fiat Concord, Rafael Clavero, es ejemplar en este sentido:

yo me acuerdo que voy a la punta aquella, de la parte redondita, que es una oficina de la guardia, y allí está el teléfono, y estaba Arab Nava [Era el jefe de guardia de la planta. Aclaración del autor] con el teléfono en la mano, y estaba el chaqueño Jiménez, me acuerdo bien, pero había un grupo más, detrás del chaqueño Jiménez. Y ahí lo tenían, ¿no? Y... y... “Ud. tiene que darnos el teléfono”, le decían. Y entonces llevo yo y... y... pero ya estaba que se le saltaban arriba ¿no? Y entonces digo: “Tranquilidad, compañeros, por favor...” Porque él dijo: “Yo con Uds. no puedo dirigir la palabra, voy a hablar con el secretario general”... él dijo eso. Y yo dije: “Permítame el teléfono”, y como no me lo dio, lo sacudí y le dije que los negros se le iban encima. Entonces agarró y me dio el teléfono... “pero por favor, no me toquen”, decía el coso. “¡Es una humillación tremenda!”... (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 2)

5. Por la tarde del 3 de junio, este organismo daba a conocer el siguiente comunicado: “El Comité de Ocupación de la planta IKA-Renault, [...] advierte que ante cualquier intento de represión por parte de las fuerzas del gobierno, los primeros que pagarán las consecuencias de tales desatinos serán los propios patrones de la empresa que se encuentran detenidos en calidad de rehenes, los que sobrepasan el número de cien. Dejamos aclarado que estos señores se encuentran alojados en sectores estratégicos” (LP, 4 de junio de 1970:12).

De esta forma, se estableció una suerte de “contra-violencia” que explotó como una reacción liberadora, ante un sistema despótico de control de la fuerza de trabajo. La organización productiva fabril se caracterizó, muchas veces, como opresiva y, a menudo, injusta, incapaz de crear las condiciones necesarias para negociar y discutir los problemas y las exigencias de los operarios comunes (Durand, 2006: 15). Entonces, el recurso de la violencia manifestó la debilidad sindical para controlar el conflicto; sobre todo, si tenemos en cuenta que una de sus funciones primarias era atemperar el ardor combativo de los huelguistas. Por lo tanto, tales comportamientos colectivos fueron la manifestación de una revuelta –muchas veces juzgada como espontánea y anárquica– contra el sistema de explotación puesto en vigor en la fábrica.

El 4 de junio, en un preciso operativo policial, la Guardia de Infantería desalojó siete establecimientos mientras que Santa Isabel y Concord siguieron ocupadas. El enfrentamiento más importante se produjo en la planta de Perdriel, donde los obreros lanzaron bombas *molotov* pretendiendo resistir de manera activa a la acción policial. No obstante, los quince minutos de bombardeo con gases lacrimógenos debilitaron la reacción obrera. Así, se logró detener a los ocupantes, luego de algunas refriegas en las que unos cuantos operarios resultaron lesionados y hubo varios rehenes heridos. El total de trabajadores arrestados, luego del desalojo de las siete fábricas, llegó a 400 personas aproximadamente (*LP*, 5 de junio de 1970). El 5 de junio, el “Comité de Ocupación” del complejo de Santa Isabel discutió si se proseguía con la medida de fuerza o se efectuaba el abandono voluntario de la fábrica. En la asamblea se pudo observar las divergencias existentes entre los integrantes de la Comisión Directiva del SMATA que propugnaban por una actitud responsable y realista y el grupo antagónico que apoyaba la “lista Azul”, es decir, a los partidarios de continuar con la ocupación. Ese mismo día, la policía ingresó al complejo con carros de asalto, ocupó estratégicamente los talleres y arrestó a varios operarios refractarios a abandonar la fábrica (*LP*, 6 de junio de 1970: 32).

Durante 35 días los trabajadores metalmecánicos prosiguieron una huelga que paralizó la producción en las plantas automotrices. IKA-Renault informó que desde mayo hasta el 26 de junio no se trabajaron 900.000 horas y se perdieron jornales por el valor de 400 millones de pesos moneda nacional (Servicio de Documentación e Información Laboral, 1970: 64). Mientras tanto, Elpidio Torres logró reconstruir su relación con los representantes de las empresas, accediendo a un acuerdo en el que redujo el número de operarios despedidos a 400; una cifra que incluyó a la mayor parte de los activistas de izquierda. Éstos se oponían a su conducción y, además, generaban innumerables problemas tanto

para él como para IKA-Renault.⁶ Más allá de los rasgos persecutorios de este compromiso, el acuerdo reflejó la inadecuación de las tácticas sindicales torristas en un contexto en el cual el humor de la clase obrera cordobesa se había radicalizado desde mayo de 1969. Ciertamente, el sindicato desaprobó los “excesos” y pugnó continuamente por encuadrar el movimiento de protesta dentro de los márgenes de la legalidad. No obstante, la dimensión misma del conflicto generó que estos márgenes se volvieran elásticos y forzaran a las organizaciones gremiales a transigir una solución con las empresas.

Prácticas de resistencia obrera en Córdoba (II): las restricciones a la producción en Fiat

Las tomas de fábrica fueron la faceta externa de un fenómeno que se estaba desarrollando al interior de las fábricas. Si bien este tipo de huelgas había bloqueado la producción en los establecimientos ocupados, con una participación elevada de los trabajadores, las direcciones de las empresas parecieron haber soportado los golpes recibidos. Por ende, había que buscar otras formas de lucha, más sutiles y menos lesivas a los intereses de los obreros. Es decir, volver a la huelga al interior de los talleres por medio de la suspensión del trabajo de manera espontánea, durante pocas horas y organizada por secciones y departamentos. Esta era una forma de lucha que no comprometía con medidas disciplinarias a un gran número de trabajadores. Además, creaba “cuellos de botella” que congestionaban la producción en los talleres donde no se hacía huelga, fuera por la falta de piezas semi terminadas que no llegaban o por la incapacidad de continuar el ciclo productivo, debido a que la línea siguiente no las recibía porque el trabajo se encontraba obstaculizado. La interrupción de diversos puntos del flujo productivo produjo una desarticulación que determinó la saturación o la falta de piezas semi terminadas en otros puntos. Sólo podemos explicar la extensión de esta práctica a partir del control que comenzó a ejercer la base obrera sobre las formas de lucha que liberaban, apoyándose en la racionalización

6. “Este laudo es el fruto de las negociaciones que la dirección del SMATA cordobés llevara a cabo en la metrópoli, encabezadas por el propio Elpidio Torres. Una primera apreciación permite inferir que su redacción es de singular duplicidad. Obliga a los obreros a reintegrarse a su trabajo a partir del lunes 6 y a las empresas a reincorporar «la mayoría de los cesantes». Las informaciones señalan que esa mayoría no incluye a la primera tanda de despedidos, integrada por activistas y delegados que llevaron adelante las ocupaciones de fábrica que duraron varios días. De esta manera la IKA-Renault habría logrado deshacerse del sector más urticante de sus operarios y Torres, por su parte, descabezaba una incipiente dirección alternativa en el gremio” (*Jerónimo*, 1970: 12).

técnica de la producción que le otorgó a ciertos grupos de trabajadores un poder importante de desorganización (Aricó, 1965: 48).

En el seno de los talleres se desestructuraba ese comando jerárquico que, partiendo desde la subordinación de los operarios, ponía en un rango superior al *capataz* encargado de controlar la producción y el ritmo de las líneas de producción. Este último, además, era responsable del reabastecimiento de material y de organizar el reemplazo de la maquinaria descompuesta, así como también de los obreros ausentes. Después estaban los *jefes de equipo*, ex obreros situados en la categoría de empleados y retribuidos en tanto tales. Éstos se encargaban de una unidad de producción de alrededor de 30 a 50 operarios. En un escalafón superior estaban los *jefes de taller*, elegidos entre los jefes de los mejores equipos, quienes eran responsables del funcionamiento de un equipo de 100 a 150 obreros aproximadamente y estaban registrados como empleados de primera categoría. Estos últimos fueron los que, mayormente, sintieron la pérdida de su poder, autoridad y prestigio. Cuando la lucha obrera se difundió por los talleres y los departamentos, el enfrentamiento con la jerarquía se volvió inevitable. En una actitud impensada poco tiempo antes, el Sitrac comenzó a denunciar en el Ministerio de Trabajo a algunos miembros de la jerarquía de control, muchos de ellos contratados por la compañía a partir de su "experiencia" como policías o militares:

el aludido Ricardo Romero es un conocido amigo de la patronal (como varios otros ex militares y ex policías que la Empresa introduce por su carácter reacio a toda actividad sindical), ha agredido en forma física y verbal en distintas oportunidades a compañeros de trabajo y es conocido en la fábrica por sus actividades como usurero y alcahuete de la patronal. (Ministerio de Economía y Trabajo, 1971: 27)

Estos desafíos al orden establecido, en el interior de la fábrica, fueron el fruto de las tensiones surgidas a raíz del sistema despótico de mando, el contenido de las órdenes y las incompetencias técnicas que causaron una mala organización del trabajo. El descontento ante este estado de situación estuvo latente desde mucho tiempo antes y, a menudo, se manifestó a través de actitudes individuales. Una vez hecha la experiencia de las ocupaciones de fábricas, el disgusto colectivo tomó forma. Por lo tanto, el desafío colectivo a las prerrogativas de la gerencia se tradujo en el enfrentamiento directo de las múltiples prohibiciones tipificadas por el reglamento interno. En junio de 1971, Fiat denunciaba ante la autoridad de aplicación de la Secretaría de Trabajo que el 26 de mayo se habían verificado diversos paros parciales en la planta.

A los dos días, se produjo una nueva medida de fuerza que consistió en el abandono masivo de los lugares de trabajo, en la cual se intimó al personal superior jerárquico al abandono de tareas y desalojo de la planta. La empresa continuaba denunciando que:

el día 31 de mayo se produce un nuevo paro interno ilegítimo [...] en el equipo 719 –Línea de Blok [sic]– que tiene una duración de media hora a partir de las 6,30 de la mañana [...] Continuando con esta serie de medidas de fuerza, en el día de hoy, primero de junio se produce un nuevo paro de una hora en la planta de Montaje, entre las diez y las once de la mañana, que acrecienta aún más el deterioro en la producción [...] Simultáneamente se vienen registrando, sin solución de continuidad otra medida de fuerza ilegítima consistente en la concurrencia masiva de personal a consultorio médico de la fábrica, en número totalmente desusado y abultado, lo que continúa hasta estos momentos [...], circunstancias todas, que dificultan sobremanera la gestión de producción fabril. (Ministerio de Economía y Trabajo, 1971: 410)

Como podemos observar, los paros parciales denunciados por Fiat se articularon en las secciones críticas del ciclo productivo –línea de block y de montaje–, en las que era hegemónica la presencia de operarios sin calificación, sujetos a las tareas más repetitivas. La interrupción espontánea del trabajo, el abandono de planta y la organización de asambleas por taller y por departamento significaron el rechazo de las normas definidas por la empresa, pero también una forma virulenta de lucha dado que el objetivo era reducir una parte importante de la productividad.⁷ La caída de la producción como consecuencia de las huelgas parciales y articuladas puede ser interpretada como una respuesta obrera adaptada a la modalidad de remuneración atada al rendimiento. Una de las demandas que con más insistencia enarbolaron los operarios de Fiat fue la derogación del premio a la producción y el impedimento de su consolidación por medio del cronometraje. Este sistema tenía una fórmula mediante la cual se les pagaba un premio a los equipos de trabajo, cuando superaban el promedio de rendimiento

7. En la prensa, Fiat señalaba que esta clase de conflictos estaba dañando significativamente la producción: “La producción general ha disminuido, desde el 1° de enero último, en 3.000 automóviles, 500 tractores, 100 chasis de camiones y ómnibus y 9 coches ferroviarios. Por tales causas se han perdido, en igual periodo, 264.000 horas hombre de trabajo, lo que representa prácticamente 20 días completos de producción [...] el valor de esa producción no realizada asciende a 7.000 millones de pesos moneda nacional” (*La Nación*, 2 de junio de 1971: 18).

fijado por la empresa. Así, al operario le entregaban una ficha que debía entregarle al encargado al finalizar la jornada, para que éste pudiera contabilizar el número de piezas producidas. El problema era que las horas sin trabajar no se pagaban y, además, que Fiat se negaba a dar a conocer la fórmula a través de la cual se media la productividad. Esto le aseguraba a la empresa el control de los tiempos de las cadencias. Aunque los dirigentes sindicales *clasistas* negociaron el fin del premio al rendimiento en las negociaciones paritarias, en la práctica, los operarios comenzaron a aplicar estrategias para evadir la norma. José Ponce lo explicó de esta manera:

Se puso en práctica la no información, porque pasaba el encargado y en una planilla te preguntaba las piezas que habías elaborado ¿no? Entonces no se dio más información. Inclusive se le decía: y bueno cuéntela, ahí están. Cuéntela, decían. Bueno, y así se fue dando y se fue cortando. Y así el tipo evadía el bulto y más o menos para completar la ficha ponía... y siempre, por lo general, empezó a poner de menos, te das cuenta (...) Los premios bajaron mes a mes. Cada día se producía más, cada día se tenían más máquinas, más modernas y que sé yo, y cada día se pagaba menos. Así que, yo pienso que... mirá una de las cuestiones fundamentales, por lo menos que yo me acuerdo, es el tema de la producción, del tema de la producción ya se empezó a hacer una discusión política, viste. (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 1)

Ahora bien, las exigencias de aumento al rendimiento obrero no resultan suficientes para explicar las prácticas autónomas de los operarios ni tampoco las huelgas parciales ni espontáneas. Este tipo de prácticas contienen, generalmente, aspectos y/o objetivos que no son estrictamente económicos. En otras palabras, los factores culturales también pueden explicar los comportamientos no productivos. Vale explicitar algunos ejemplos para profundizar esta cuestión. En plena discusión en las paritarias por un mejor convenio colectivo de trabajo, los operarios de Fiat reaccionaron, de manera espontánea, ante el hostigamiento del que eran sujetos por parte de la empresa. Rafael Clavero comentó que, en ocasión de una reunión en la Secretaría de Trabajo, muchos trabajadores concurren en apoyo a sus representantes paritarios y, sin que nadie se los ordenara, se arrancaron las insignias de la compañía de sus ropas de trabajo y las desperdigaron por todo el edificio. Al trabar de forma adrede el ascensor, los representantes de la empresa tuvieron que bajar obligadamente por las escaleras, pisando las insignias de Fiat. Los abogados de la compañía denunciaron este hecho, al sostener que

fueron insultados y amenazados.⁸ Los directivos no comprendían cómo había cambiado ese clima de autoridad que habían instaurado años anteriores. En una oportunidad, alguien de la gerencia les recordó a los operarios que, en épocas pasadas, la fábrica era un lugar donde se podía trabajar tranquilo pero, para ese momento, se había convertido en un páramo donde únicamente habitaban indios. La reacción de los operarios fue descrita por la revista *Jerónimo* de la siguiente manera:

Tomando como ofensivo cierto lenguaje atinente a ellos, dos mil obreros efectuaron, el miércoles 9 de junio, una extraña manifestación. Adornados con plumas y vinchas penetraron en fila india en el comedor. Cuando se fueron había un pizarrón escrito. Representaba la caricatura de un tehuelche y esta inscripción: “Indio malo no ser instruido/pero conocer billete grande”. (*Jerónimo*, 1971: 7)

Estas actitudes colectivas son explicables desde la perspectiva de los obreros jóvenes. Para éstos no fue fácil aceptar la disciplina de la fábrica y las tradicionales reglas de la sociedad urbana cordobesa. Los jóvenes provenientes de los medios rurales, sobre todo, sintieron un deseo de trasgredir estas normas, buscaron cierta libertad explorando la ciudad y estuvieron lejos de contentarse con la vieja máxima “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”. Su juventud se mezcló con la cultura de la revuelta y de la acción (hegemónica durante estos años) que los igualaba en sus hábitos y en sus vestimentas. Un tipo de cultura del antagonismo se enraizó, devino en sentido común, orientó, incluso, las ideas y los comportamientos de numerosos trabajadores, a pesar de no compartir, necesariamente, contenidos políticos e ideológicos.

La izquierda revolucionaria en la “Córdoba salvaje”

A partir del ciclo de “huelgas salvajes” de 1970-1971, las organizaciones políticas de izquierda juzgaron estas formas de lucha como un hecho alentador, ya que abría un nuevo escenario de potencialidades revolucionarias. Tanto Vanguardia Comunista, el PCR, el PRT - El Combatiente, El Obrero y otras expresiones políticas marxistas conflu-

8. Agregaba José Ponce: “Si fue, fue una, una de las tantas reacciones que yo llamo reacción espontánea de la gente, vos sabés, porque cuando vino la ropa, traía los distintivos más grandes [...] Entonces no sé a quién se le ocurrió la idea de que tenía que despojar, porque estábamos como presos. [...] Y bueno, todo el mundo dijo sí y empezaron a arrancarse... [...]. Todo el mundo tenía ropa nueva al otro día, pero sin distintivo. Pero sin uno ¿eh?, encontrabas a uno y lo cagaban a bulonazos” (Archivo del Sitrac, Subarchivo 12, ficha 1).

yeron hacia los talleres con el objetivo de comenzar a ejercer su tutela política y rectificar "los errores" surgidos del espontaneísmo natural de los obreros. La acción de estos grupos pretendía vincular las luchas cotidianas de los trabajadores con un programa político socialista. Esto significaba inmiscuirse en interminables polémicas derivadas de la inevitable dialéctica entre espontaneidad y organización. Así, para el PCR la lucha desarrollada en Perdriel –donde tenía una influencia importante– podía convertirse en modelo para el surgimiento de estas nuevas formas de lucha:

a) La conciliación ha demostrado que es la política de los perdedores. En cambio, la violencia surge como un requisito para el triunfo.

b) Mayo de 1969 encontró a nuestra clase dispuesta al combate masivo y violento. Perdriel alumbra y profundiza esa senda: mirando cada vez más hacia arriba en los objetivos de lucha y acumulando elementos de organización y dirección clasista (...)

c) La Agrupación Clasista Primero de Mayo ha jugado un papel importante en la actuación de nuestros compañeros de Perdriel. No lo decimos por vanidad mezquina, sino poniendo el acento en esta clave: los compañeros deben unirse alrededor de posiciones clasistas. Hoy esa posibilidad se desarrolla en la Agrupación Primero de Mayo. Eso es importante para nuevos Perdriel. (*El Compañero*, 1970).

Por su parte, en un informe de la agrupación El Obrero, se describía de la siguiente manera una asamblea realizada en Concord:

También en esta jornada, hubo esfuerzos –limitados, pero serios y efectivos– por parte de la izquierda revolucionaria por elevar el contenido político de las acciones. En este sentido, reivindicamos las intervenciones de GRS, LAP y El Obrero, que hicieron uso de la palabra en tres oportunidades; en conjunto consideradas, las intervenciones plantearon: la salida socialista, la necesidad de la intervención de la clase obrera en política, proponiendo concretamente para cada caso, que la asamblea formulara una declaración política y un llamamiento al resto de la clase obrera; la crítica al "Encuentro de los Argentinos", apoyando la posición tomada al respecto por los sindicatos de Fiat; la necesidad del Partido Obrero Marxista y de la lucha armada dirigida por éste (...) La intervención del compañero del Sitram, en cambio, reflejó claramente sus limitaciones ideológicas, ya que fue centrada casi exclusivamente en lo reivindi-

cativo inmediato, y cuando volcó contenidos políticos fueron de carácter “patriótico”, y no de clase. (*El Obrero*, 1971: 4)

Estos documentos son sólo una pequeña muestra del sinnúmero de folletos y publicaciones orientados a darle un contenido político a la vanguardia proletaria cordobesa. Aunque es difícil mensurar la dimensión de la inserción política de los partidos marxistas en las fábricas de Córdoba, podemos sostener que la combatividad de los obreros construyó un sentimiento de identidad colectiva en el cual se entremezclaban elementos maximalistas y de espontaneísmo a ultranza, que fueron el fruto de las características que la movilización colectiva había adquirido en estos años, así como también de la capacidad de los militantes externos para poner en crisis la cultura tradicional de las organizaciones sindicales e imponer un criterio diferente. Esta identidad colectiva se mostró extremadamente eficaz para interpretar los deseos, los comportamientos, las actitudes y la mentalidad de los operarios privados de calificación profesional.

Estas consideraciones nos resultan útiles para revisar el rol de los militantes externos en el complejo fabril, durante este período. En más de una oportunidad, se consideró que los factores exógenos cumplieron un rol secundario en la conformación del *clasismo*, dado que éste continuó siendo, preponderantemente, un movimiento de bases con arraigo en la fábrica (Brennan, 1996: 246). Si bien acordamos parcialmente con este análisis, creemos que es necesario matizar esta aseveración. La aparición de las organizaciones de la izquierda revolucionaria no fue un fenómeno fortuito ni accidental. Éstas desplegaron su accionar en una realidad preexistente en el complejo fabril, desarrollando un papel preciso. Su rol consistió en estimular la movilización obrera con las nuevas formas de lucha, agregándole fermentos de radicalización ideológica al descontento existente entre la base fabril. Es decir, si bien la manifestación de visiones hostiles hacia los viejos esquemas asociativos y la constitución de una nueva cultura del conflicto industrial tuvieron su origen en el taller, no se desarrollaron dentro de un ambiente aislado. Por el contrario, la comunicación social con los elementos externos a la fábrica cumplió un rol esencial.

La presencia de militantes ajenos a las plantas tomó una dimensión nueva y original, dada su capacidad para entrar en relación con ciertos sectores obreros y constituirse como un factor de engranaje de los impulsos espontáneos de la base, con la creación de diferentes colectivos y comités de obreros-estudiantes. Se trató de un fenómeno en el que, ante las nuevas realidades imperantes en el proletariado metalmeccánico, las bases fabriles encontraron amplios espacios de acción, promoviendo las “huelgas salvajes” y las asambleas y, además, radicalizando las consig-

nas sindicales. A la vez, con el apoyo de los grupos externos, elaboraron plataformas programáticas e implicaron a los trabajadores refractarios hacia la movilización colectiva. Con esto provocaron una situación de efervescencia general que profundizó, aún más, la debilidad que caracterizaba a las organizaciones tradicionales dentro de la fábrica.

La emergencia autónoma de grupos obreros no representados adecuadamente por los sindicatos, la intervención de los grupos exteriores y el surgimiento de grupos de base fueron realmente elementos de ruptura y un punto de inflexión respecto de muchas realidades en el taller. Para los trabajadores, en su mayoría migrantes jóvenes, ésta fue una experiencia que marcó profundamente sus vidas. Por primera vez, se comprometieron en la militancia activa y se convirtieron en actores centrales de acontecimientos fundamentales en la historia de las relaciones de clase en Argentina. Para estos operarios sin calificación profesional que contaban, exclusivamente, con la iniciativa directa de la base, el problema de la organización parecía resolverse esencialmente en la circulación y la comunicación de las luchas, más que en las instancias formales de discusión o de decisión. Por su parte, las organizaciones marxistas consideraron que fue justamente esta "vanguardia" la que se opuso a los sindicatos, reivindicando la dirección exclusiva de las luchas, rechazando la tradicional delegación a las organizaciones sindicales e imponiendo una nueva manera de conducir las huelgas y de generar el conflicto en la fábrica. Así, desde Acción Comunista (grupo local de la izquierda revolucionaria) se pregonaba la necesidad de pasar hacia un nivel superior de conflicto, a saber:

En el proceso espontáneo, material, de su lucha, la clase obrera no sólo jaquea continuamente a la burguesía y a sus diversos aparatos de control, sino que va produciendo núcleos de avanzada en todas partes, aún con los desniveles propios del desigual ritmo de la lucha espontánea. Ese proceso dio como resultado la cristalización de la vanguardia espontánea de Sitrac y Sitram, la primera con base masiva que aparece en el país después de décadas. (...) Pero este proceso sigue siendo espontáneo, pues carece de una dirección política comunista, de la existencia del partido obrero revolucionario que permita que la revolución avance, rompa los límites de la política burguesa y pase a la ofensiva abierta. (*Acción Comunista*, 1972: 3)

En la ola de protestas sociales que se desplegaron en la ciudad de Córdoba durante el período, los grupos de la izquierda marxista le aportaron un contenido político específico a los movimientos de base fabril. Ahora bien, desde un punto de vista organizacional, el concepto de "izquierda revolucionaria" (o de "nueva izquierda" como se la denominará

más tarde) fue poco útil para describir los fenómenos de 1970-1971. En particular, este ambiente político y cultural que no tenía características precisas ni homogéneas. Sólo el rechazo a las formalizaciones delegativas y la identificación con el “movimiento *clasista*” fueron los nexos que ligaron posiciones, culturas e ideas muy diferenciadas (esto es, desde los que militaron en los partidos de la izquierda histórica o minoritaria, pasando por los que abandonaron la militancia tradicional y los que no tuvieron ninguna experiencia política, hasta quienes provinieron del asociacionismo de base). Basta con contemplar las características de fluidez organizacional que operaron durante los conflictos en 1970 y 1971, para llegar a la conclusión de que nunca se constituyó un organismo político puro, sino que más bien fue un lugar de debate y de trabajo ideológico.

A modo de cierre

Un conjunto de factores determinaron que ciertos grupos obreros fueran la vanguardia de la conflictividad social, en las fábricas cordobesas durante 1970 y 1971. En primer lugar, las huelgas autónomas y las manifestaciones de rechazo al trabajo constituyeron formas de radicalización reivindicativa que estuvieron, indudablemente, más presentes en los talleres donde era hegemónico un tipo de composición de clase: los obreros jóvenes sin calificación profesional. En segundo lugar, los sindicatos, conscientes de esta situación, intentaron, de todas las formas posibles, controlar estas avanzadas; sobre todo, mediante la gestión de huelgas contractuales que exaltaron la unidad de los trabajadores. Finalmente, la función principal de los militantes de la izquierda revolucionaria consistió en dotar de contenidos políticos específicos a cada una de las acciones espontáneas de los obreros. Además, constantemente, pretendieron multiplicar los momentos de conflicto, en base a los aspectos más diversos de la condición obrera en la fábrica.

El resultado fue doble. Por un lado, los obreros sin calificación tuvieron la ocasión de volcar su radicalización en los llamados oficiales a la huelga y en las grandes manifestaciones sindicales, logrando condicionar e imponer su propio punto de vista al conjunto del movimiento obrero. Por el otro, las movilizaciones, al nivel de cada unidad productiva, demostraron una capacidad inédita de respuesta y negociación en los lugares de trabajo. Sin embargo, lo que pareció la apertura de una nueva fase fue, por muchos aspectos, el preludio de un epílogo. Los trabajadores metalmeccánicos cordobeses –en particular, los *clasistas* de Sitrac– que parecieron estar destinados a dominar la escena nacional durante un largo lapso, en poco tiempo conocieron las más variadas formas de represión empresarial y gubernamental. En efecto, entre el 26 y 27 de octubre

de 1971 el III Cuerpo del Ejército invadió las plantas de Fiat Concord, y tomó el control objetivo de la fábrica, dejando como saldo 12 heridos. La empresa aprovechó el momento y despidió a 259 trabajadores, entre los que se encontraban miembros del comité ejecutivo y del cuerpo de delegados del Sitrac (Brennan y Gordillo, 2008: 142).

Tal vez, la debilidad del Sitrac –y del Sitram– haya sido su incapacidad de cristalizarse en un partido político de la clase trabajadora que establezca las demandas espontáneas del proletariado metalmeccánico y que conforme una dirigencia capaz de enfrentar en mejores condiciones la represión del régimen, la patronal y las patotas de la burocracia sindical. Pero también fue evidente que las luchas obreras del período expresaron una reivindicación de transformación radical de las relaciones entre las clases. Desde nuestra perspectiva, el *clasismo* se constituyó en la manifestación inacabada –pero expresión al fin– de esta demanda de poder. A pesar de que su experiencia fue muy breve, luego de su disolución, su herencia fue adoptada no sólo por el proletariado cordobés, sino también por los trabajadores de otras provincias. La importancia de esta corriente residió en su capacidad para encaramarse como una alternativa válida para el movimiento obrero organizado, no sólo desde el aspecto organizacional, sino también como catalizador de la espontaneidad obrera hacia nuevas prácticas y formas de lucha radicalizadas, que excedieron el ámbito restrictivo de la fábrica. En este sentido, la clase obrera abrió una crisis institucional que fue más allá del acuerdo político que puso fin al ciclo de la Revolución Argentina y abrió la posibilidad de la apertura democrática, con el retorno del general Juan Domingo Perón.

Bibliografía

- Alquati, Romano (1975), *Sulla Fiat e altri scritti*, Milán: Feltrinelli.
- Aricó, José María (1965) “Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera”, *Pasado y Presente*, año III, n° 9 (primera época), Córdoba, pp. 46-55.
- Balvé, Beatriz S. (1990), *Los nucleamientos político-ideológicos de la clase obrera. Composición interna y alineamientos sindicales en relación a gobiernos y partidos. Argentina 1955-1974*, Buenos Aires: Cuadernos de CICSO, Serie Estudios, N° 51.
- Brennan, James (1996), *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, (1955-1976)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Brennan, James y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: Ediciones de la Campana.
- Delich, Francisco (1994), *Crisis y protesta social. Córdoba 1969*, Córdoba: Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Dubois, Pierre (1976), *Le sabotage dans l'industrie*, París: Calmann-Lévy.

- Durand, Marcel (2006), *Grain de sable sous le capot. Résistance & contre-culture ouvrière: les chaînes de montage de Peugeot (1972-2003)*, Marsella: Agone.
- Duval, Natalia (1988), *Los sindicatos clasistas: Sitrac (1970-1971)*, Buenos Aires: CEAL.
- Flores, Gregorio (1990), *Memorias*, Buenos Aires, mimeo.
- Gordillo, Mónica (1996), *Córdoba en los 60: La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Mignon, Carlos (2013), *El sindicato en el taller. La organización gremial en el espacio de trabajo. Córdoba, 1968-1973*, tesis de doctorado, Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Negri, Antonio (2004), *Los libros de la autonomía obrera*, Madrid: Akal.
- Pezet, Eric (2001), *De la classification des emplois à la question des compétences: Une grille d'analyse des relations entre gestion des ressources humaines et négociation collective*, tesis, Paris: École Nationale Supérieure des Mines.
- Tronti, Mario (2001), *Obreros y capital*, Madrid: Akal.

* * *

Resumen: El objetivo del presente artículo es analizar el fenómeno de las “huelgas salvajes” en la Córdoba de principios de los 70. Este tipo de protesta, organizada por fuera de las programaciones sindicales y destinadas a causar el máximo de daño a la producción, indicaba los cambios operados dentro de la composición de clase del proletariado metalmeccánico cordobés. A su vez, una fracción de este último, los operarios sin calificación profesional, demostraban formas de acción específicas que escapan a las visiones simplificantes y totalizantes de la clase trabajadora en tanto sujeto colectivo.

Palabras claves: huelgas salvajes – clasismo – clase obrera – Córdoba – Sitrac

Abstract: The aim of this paper is to analyze the phenomenon of “wildcat strikes” in the early ‘70s, in Córdoba. This type of protest, organized by outside of trade unions and intended to cause maximum damage to production, indicating the changes in the class composition of the proletariat metalworking. In turn, the workers without professional qualifications, showed specifics forms of action strange to totalizing perspectives of the working class as a collective subject.

Keywords: wildcats strikes – classism – working class – Córdoba – Sitrac

Recepción: 1 de marzo de 2014. **Aprobación:** 14 de marzo de 2014.